

# PRESENTACIÓN DE LIBRO

**NOEMI GOLDMAN, MARIANO MORENO. *DE  
REFORMISTA A INSURGENTE*. BUENOS AIRES:  
EDHASA, 2016**

---

**Leonor Arfuch (*UBA, Argentina*)**

## NOEMI GOLDMAN, MARIANO MORENO. *DE REFORMISTA A INSURGENTE*. BUENOS AIRES: EDHASA, 2016<sup>1</sup>

### Leonor Arfuch\*

Es muy grato para mí estar hoy aquí, presentando este libro de mi colega y amiga Noemí Goldman, cuya elaboración seguí a lo largo de los años en conversaciones, tertulias, llamados telefónicos -siempre estaba escribiendo-, intercambio de opiniones, en fin, todo lo que hacía pensar que se trataba de una obra mayor -así se lo dije un día-. Una impresión que se confirmó totalmente en la lectura.

¿Desde dónde leo yo este libro? No desde la historia sino desde las letras, la literatura, el análisis del discurso, áreas en cuya confluencia he trabajado justamente *el espacio biográfico*, tanto en su devenir histórico como contemporáneo, en la variedad de sus géneros y atenta a la relación que cada vida -cada biografía- entreteje con su contexto histórico.

Desde ese lugar le dije a Noemí, apenas avanzados dos capítulos -o dos partes- que su libro, de una profunda erudición, con un exhaustivo e innovador trabajo de fuentes y archivos, se leía como una novela, o mejor, como una cambiante trama novelesca que iba del *Bildungsroman* al policial. Dicho de otro modo, que había logrado

---

<sup>1</sup> Presentación realizada el 27 de junio de 2016 en el Museo Nacional del Cabildo y la Revolución de Mayo. En la mesa coordinada por Gabriel Di Meglio participaron José Carlos Chiaramonte y Leonor Arfuch. Aquí se incluye la exposición de esta última.

\* Leonor Arfuch es Doctora en Letras, profesora e investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales y del Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ha sido profesora invitada de la Universidad de Essex, de la Universidad Nacional Autónoma de México, de la Universidad de Stanford y de varias universidades argentinas y latinoamericanas. En 1998 obtuvo la Beca Thalmann de la Universidad de Buenos Aires, en 2004 el British Academy Professorship Award y en 2007 la Beca Guggenheim. Ha publicado, entre otros, *La entrevista, una invención dialógica* (1995; 2010); *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea* (2002); *Crítica cultural entre política y poética* (2008) y *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites* (2013). Ha compilado además volúmenes colectivos, entre ellos, *Identidades, sujetos y subjetividades* (2002) y *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias* (2005; 2016).

combinar el rigor de la disciplina histórica con un notable trabajo de escritura.

Porque de eso se trata, finalmente, según las diversas teorías de la narrativa. Así lo expresa Michael Holroyd, el gran biógrafo inglés en una síntesis reveladora: “Cómo se escribe una vida”. Porque no hay una vida, podríamos decir, más allá de la *forma* que impone la narración, sino una sucesión de aconteceres, fechas, datos, y el misterio insondable de un ser, que también es ajeno a sí mismo.

A lo largo de estas páginas, Noemí da respuesta cabal a ese interrogante. La vida se escribe aquí –en una aproximación original– desde la infancia de quien es visto comúnmente en su accionar adulto, como protagonista de la historia: el hogar paterno, las relaciones familiares, los primeros años de un Joven Lector apasionado por la literatura y las ideas, que tempranamente va tejiendo la trama de su pensamiento futuro. Lo acompañamos luego al Colegio de San Carlos, en las primeras etapas de su formación académica, más tarde en su largo viaje a la Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca, el gran centro de emanación conceptual para toda una generación de patriotas. Seguimos paso a paso los avatares de su estadía, sus estudios, sus lecturas, su elección del derecho y su paso por la Academia Carolina, donde se gradúa, el deslumbramiento ante las nuevas ideas filosóficas y políticas, su entrenamiento en la retórica, su vena polémica en los debates, sus primeros textos y arengas, su casamiento por amor con María Guadalupe Cuenca, casi una niña.

Digo “lo acompañamos” y también podría decir “lo vemos”, porque el increíble detalle documental de esta trayectoria nos muestra, con la iconicidad del lenguaje, escenas que quedan dibujadas en la retina: la lectura en la casa natal, rayana en la obsesión, a la que su padre tiene que poner límites en bien de su salud; el accidentado viaje al Alto Perú, interrumpido por una enfermedad; su llegada a la lujosa casa del deán Terrazas, su anfitrión, en uno de cuyos hermosos salones lo espera una de las mejores bibliotecas de la ciudad, sus encuentros con encumbrados personajes, las tertulias de discusión, el énfasis de sus primeras disertaciones. La trama minuciosa de lo cotidiano, que enmarca con naturalidad la vida del espíritu, produce un interesante

acercamiento a los ámbitos de sociabilidad, usos y costumbres, tensiones y contradicciones de una época en el umbral de una transformación radical.

La construcción del personaje nos muestra ya en la mitad del libro la talla de quien luego alcanzaría la dimensión de un mito. La autora parece adelantar aquí la pregunta ¿cómo se forma un revolucionario?, quizá como paso previo a las que logrará responder más adelante: ¿cómo se aplican las ideas en situación?, ¿cómo se produce un acontecimiento?

Lo que trae aparejada la primera pregunta es ni más ni menos que la travesía de los textos y de las ideas de España y otros lugares de Europa hacia América: los libros –muchos de ellos prohibidos–, las traducciones, los periódicos, los panfletos, los opúsculos, y las lecturas que Moreno hace de ellos, las documentadas y las que probablemente también dejaran su huella. Este umbral de lo hipotético, de lo que *podría haber sido*, está muy presente en la perspectiva de la autora, dando curso abierto a la imaginación –otro don de la escritura de una vida–. Así, un abanico de autores de diversa proveniencia se despliega ante los ojos del futuro insurgente: D' Aguesseau –de quien traduce el célebre *Discurso sobre la libertad de la abogacía*–, Raynal, Volney, Rousseau, Condorcet, Voltaire, Filangieri, Beccaria, Jovellanos, entre muchos otros. La práctica de la traducción aparece como un modo superior de apropiación de los textos, un pasaje a la lengua natal que es también un modo de *pensar conceptualmente en su lengua* y en el impacto –quizá– que esos conceptos podrían tener en la propia coyuntura histórica. También, podríamos pensar, la anotación en sus cuadernillos autógrafos de textos de autores que ya circulaban da la idea de una buscada intimidad con la palabra que desbordaría luego en sus propios escritos. Son los hilos secretos de esa escritura los que la autora va tejiendo –interrogando– en esta intrincada trama donde surgen nuevas ideas sobre la naturaleza humana, la libertad, los derechos, la relación con los poderes, los límites de la monarquía y de la religión, la concepción del pueblo y la relación entre la metrópoli y sus colonias, donde hasta se cuela, según un estudioso citado, un “republicanismo oculto” (Portillo Valdés sobre Victorián de Villava). En

ese cambio de paradigma epistemológico e historiográfico, se destacan los “filósofos viajeros” que iban a poner en práctica un “escepticismo histórico” y a sacar conclusiones, entre otras cosas, sobre el supuesto carácter primitivo o “degenerado” de los indios, en contraposición a la imagen de los conquistadores. Algunos de ellos tuvieron fuerte impacto en Moreno, tal como lo muestran sus traducciones de Raynal, Volney y Barthélemy, con su famosa novela *Viaje de Anacarsis el Joven por la Grecia*, que, curiosamente, lo acompañará en su último viaje. Una urdimbre de territorios en disputa que desafía, según nos dice Noemí, la idea esquemática de una simple influencia de la Ilustración francesa. Hay aquí, por otra parte, en este apasionante recorrido pleno de “senderos que se bifurcan”, una verdadera teoría de la lectura, las nuevas formas de la recepción y el poder revulsivo de la circulación de las ideas en un momento dado de la historia.

En estos nuevos horizontes de expectativa afloran rasgos de nuestro personaje que marcarán su rumbo posterior: una temprana pasión por la justicia, la libertad y los derechos de los indios, que no solamente se expresaba en el rechazo a la servidumbre y al trabajo forzado de la mita, sino también en el impacto que le causa el encuentro primigenio con la idea de *soberanía popular* que, según Manuel Moreno, autor de una biografía de su hermano –con la que Noemí dialoga a menudo–, se habría dado en la *Historia de las dos Indias* del abate Raynal. Este libro era un best seller de la época, prohibido por su diatriba contra el colonialismo, el despotismo y el clero, donde el autor reverenciaba ese concepto, que traía de la lengua inglesa y a partir del cual –siempre según Manuel– Mariano también tendría mucho respeto por el inglés. A partir de aquí la autora se pregunta si la traducción de *Las ruinas* de Volney, otro texto inquietante, no habría obedecido a su interés por la formulación del “sagrado dogma de la igualdad”, que se afirmaría, junto con la libertad, en 1810. Pero además la autora nos deja entrever rasgos de su carácter que desdicen opiniones de otros biógrafos: lejos de ser permanentemente taciturno, “tenía buen humor y sabía entretener la conversación familiar y a sus amigos con ingeniosas bromas” (2016, 70).

“El perfecto abogado”, título de la segunda parte, aborda, con otra minuciosa apoyatura documental, una etapa inexplorada hasta ahora: el desarrollo de su profesión, ya de regreso a Buenos Aires con su mujer y su hijo, a través de importantes pleitos y cargos públicos que constituyen terreno propicio para el despliegue de un accionar jurídico y político que luego se tornará revolucionario. La pregunta por la formación se responderá en otra trama apasionante, donde al recorrido de nuevas lecturas se sumará la traducción, que apunta ya a la formación de nuevas conciencias, la propia escritura y su publicación, el descollante papel en sus funciones y su participación cada vez más intensa en la vida política. La novela se torna aquí una verdadera intriga, con no poco suspenso, donde los textos y las ideas confrontan los acontecimientos, los lejanos, en la metrópoli, y sus efectos indeseados; los cercanos, que llaman a la batalla, como las invasiones inglesas. Y, por cierto, las tensiones de los poderes, la pugna de intereses, el comercio, la religión, el clero, la monarquía, la diversidad de las voces criollas y las incertidumbres del futuro. Una intriga donde, para no perdernos, hay un hilo de Ariadna que la autora utiliza con amable soltura: el nosotros inclusivo, que nos tranquiliza sobre lo que “veremos más adelante” o nos recuerda lo que “ya sabemos” y nos invita así a ser parte de la historia.

De ese período activo y tormentoso, que se hará todavía más intenso en la siguiente etapa, quiero rescatar algunas “iluminaciones”, a la manera benjaminiana, que por diversas razones capturan mi atención. La primera tiene que ver con una práctica que lo hermana con su admirado Rousseau: la de sus salidas al campo, cual paseante solitario –o acompañado por algún amigo- que encuentra en la naturaleza un espacio poético de contemplación –los incomparables paisajes que nos dejaron los románticos alemanes- pero que es además un ámbito propicio para la lectura y la introspección. En esa escena reiterada, a la que Moreno no lleva el *Contrato Social* sino *Pablo y Virginia*, la célebre novela de Bernardin de Saint- Pierre, gran amigo del filósofo, quizá se reencuentra él –me reencuentro yo- con el otro Rousseau, el de las *Confesiones*, origen mítico de la autobiografía –para algunos, consustancial al individualismo en Occidente- y con ella el surgimiento

del sujeto moderno, un “yo” que ve en la interioridad y no en Dios la verdad que se busca, una nueva conciencia de sí que descubre a un tiempo la hondura de los sentimientos y la angustia de la temporalidad. En esta línea, la segunda iluminación es una cita de las *Memorias* que Mariano escribió en sus cuadernillos durante las invasiones inglesas y que muestra justamente su afición por el registro intimista de sus impresiones y emociones ante el devenir histórico:

Yo he visto en la Plaza llorar muchos hombres por la infamia con que se les entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno, cuando a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806, vi entrar 1960 hombres ingleses, que apoderados de mi Patria, se alojaron en el Fuerte y demás Cuarteles de esta Ciudad. (2016, 86)

Si bien la Patria era un significante usual, que remitía a la pertenencia a un lugar –Buenos Aires, América-, tiene aquí un énfasis, dada la invasión foránea, que quizá se radicalizará más adelante, en lo que Noemí llama “el camino de la revolución”.

No me voy a referir aquí al alegato más descollante de Moreno en ese período, que fue su célebre *Representación de los Hacendados*, del que los historiadores dan sobrada cuenta, sólo destacar que en la lectura de Noemí el texto tiene, además de su contenido polémico sobre el libre comercio, un fuerte énfasis político que en verdad atraviesa todo el libro, en una sutil articulación con los otros registros, familiares, costumbristas, intimistas, literarios, intelectuales. Un cuidado equilibrio entre vida y obra en un tiempo excepcional, donde la obra, como afirmaba el poeta W.H Auden, también suele ser capaz de iluminar la vida.

Pero ese equilibrio se altera un tanto en la etapa siguiente, cuando El Insurgente acapara toda la atención. La trama histórica se densifica y los grandes acontecimientos conocidos –la invasión napoleónica, el cautiverio del rey, las apetencias de Carlota Joaquina en el Brasil, devenido imperio portugués en el exilio, las tensiones entre las ciudades del virreinato, los intentos separatistas- adquieren un ritmo vertiginoso, donde los personajes –y las ideas- cambian de rumbo al

fluir de las noticias. Hay secretos, silencios, emboscadas, en una palabra, la novela se torna policial, y aunque sabemos el final de la historia –o el principio del camino de la emancipación– es ese trajinar en su detalle día tras día, quizá desconocido para los que no somos historiadores, lo que hace la lectura realmente atrapante. Un trajinar que se expresa en los cuerpos, los encuentros, las reuniones, el andar inquieto de Moreno cruzando una y otra vez la Plaza entre el Cabildo y el fuerte, la aglomeración de los vecinos hasta la medianoche, las deliberaciones y finalmente esa escena mítica del pueblo convocado aquí, frente al Cabildo, “con la señal que era una cinta blanca que pendía de un ojal de la casaca, señal de la unión que reinaba”, según nos dice Beruti en sus *Memorias*, y quizá con algunos paraguas, como en la imagen típica de la escuela.

Luego viene, en su etapa republicana, la traducción y publicación del *Contrato social*, la primera en América, cuyo misterio o ambigüedad respecto de su autoría es resuelto por la autora a través de nuevas lecturas de las fuentes; la fundación de *La Gazeta* y de la Biblioteca pública, tres instancias decisivas para la educación y la formación política. Todo esto en el marco de los tremendos conflictos que enfrenta la Junta por el afianzamiento de su autoridad, las polémicas, los disensos, los disgustos y finalmente la renuncia de Mariano a su cargo y su partida hacia Londres, con su desenlace fatal. Volvemos a acompañarlo en ese abatimiento del espíritu con que se embarca con su hermano y con el preciado *Viaje de Anacarsis* para proseguir su traducción, y el relato no decae porque también aquí se trata de develar otro misterio o de dejar en claro su carácter indecible: remedio o veneno, como en el *Pharmakon*, según Derrida.

Pero como toda biografía revela a su vez una *autobiografía*, como lo advertieran espíritus tan disímiles como Paul de Man, Michael Holroyd o Mijaíl Bajtín, en esta trama fascinante también se dibuja otro itinerario vivencial: el de la autora, que, bajo la dictadura, parte un día de Tucumán a Francia a estudiar el impacto de las lecturas de la Ilustración en Moreno, que descubre las sutilezas del análisis del discurso, que vuelve luego a Buenos Aires en la primavera democrática –allí nos conocimos, en la feliz coincidencia del análisis del discurso

“Escuela Francesa”- y comienza una carrera académica donde la investigación en torno de la Revolución de Mayo, sus protagonistas, contextos, acontecimientos y proyecciones, están en el centro de la escena. Una trayectoria que recoge a su vez los nuevos enfoques historiográficos, los aportes de la historia conceptual, teorías de la recepción y la lectura, innovadores tratamientos de fuentes y archivos. Es desde allí que puede rebatir estereotipos o definiciones simplistas – ¿fue jacobino? ¿fue pro-inglés? ¿fue federal? - así como esquemáticas atribuciones de influencias, y a su vez ponerse a distancia de un retrato idealizado, mostrando ambigüedades y contradicciones. Y también desde allí – y desde el hoy- logra trazar una parábola de los conceptos, en lo que cada uno representó en su momento, con su carga ética y política, lejos de todo anacronismo. Y quiso también la suerte que una vez iniciado el camino de la biografía –un notorio trabajo de madurez- se encontrara con la resolución de otros misterios: la supuesta autoría de Moreno del famoso “Plan de operaciones”, desmentida rotundamente por Diego Javier Bauso en su documentado libro *Un plagio Bicentenario*, y el acceso a los archivos familiares Dürnhöfer, que le permitieron confrontar lecturas para hallar algunas certezas. Cerrando la página sobre el Epílogo, con las tristes cartas de María Guadalupe, que le cuenta la vida cotidiana en el extrañamiento de su ausencia sin saber que Mariano ya no podrá leerlas, nos queda sin embargo un recuerdo vibrante y quizá la huella de sus pasos en la histórica Plaza, con el eco borgeano de lo que para cada uno pueda ser hoy la elusiva presencia de la patria.